
UNA ESCENA EN PALACIO.

JUVENAL, EL NIGROMANTE, SANTA MARÍA, D. BENITO Y CHUSMA.

EL Nigromante.—¡Amigo Juvenal!

Juvenal.—¡Nigromante! Veo que la visita que facilité á vd. no le ha disgustado. Vendrá vd. de ver al Sr. Juárez, pues encuentro á vd. . . .

El Nigromante.—En la entrada de la habitación presidencial. Me dirigia al Congreso cuando descubrí que vd. venia hácia este lugar; y me propuse pagarle el favor que me hizo ayer de presentarme á D. Benito; quiero pagarle en la misma moneda.

Juvenal.—¿Á quién ocurrirémos ahora?

El Nigromante.—Mientras vd. se despedia de Tancredo, supliqué á nuestro buen amigo Santa María que llevase al señor Presidente estas palabras: “Juvenal y el Nigromante tienen que hablar con vd. sobre un negocio grave y urgente en que se interesa la reeleccion.”

Juvenal.—¡Nada tengo qué decir!

El Nigromante.—Ni yo tampoco.

Juvenal.—¿Para qué entonces esa mentira? ¿nos saldrá á la cara!

El Nigromante.—El mejor modo de que se abran estas

puertas es gritar: "Les traigo algo." Lo que hablaremos. . .
¡veo que es vd. un niño. . .! cualquier cosa.

Juvenal.—¡Por qué estuvo vd. tan tímido en la otra visita?

El Nigromante.—Quise dejar á vd. todos los honores de la presentacion, ya que vd. tuvo la bondad. . .

Santa María.—Pasen ustedes.

El Nigromante.—Mil gracias, mi buen amigo; que se alivie la señora.

Santa María.—Gracias! Ya vd. sabe dónde está el señor Presidente: me dispensará por eso. . .

El Nigromante.—No se moleste. . .

Juvenal.—Tiene vd. buenas amistades.

El Nigromante.—Muchos amigos que he probado en la adversidad! No pueden decir lo mismo la mayor parte de mis contrarios, y esto me envanece.

Juvenal.—¡Cuántas personas rodean al señor Presidente! ¡Pasarémos!

El Nigromante.—D. Benito nos hace seña de que pasemos y esperémos un rato. Sentémonos, pues. Por aquí estaremos más cómodos: haciéndonos disimulados veremos todo en ese espejo, y pescaremos algunas palabras. . .

El Gobernador del Distrito.—Yo no sabia dónde meter la cara! En resumen: ya saben ustedes que nuestro diputado está muy pobre! No se rian ustedes! Se le costó el banquete gratulatorio; habló con pico de oro! Nada! Todavía recuerdo las palabras de aquel maldito alcalde: "Pues á pesar de eso, señor diputado, vd. no hubiera salido, porque nuestro candidato es el señor; pero él se empeñó. . .! lo mandó, se hizo."

D. Benito.—¡Ah, qué hombre!

Los amenes.—¡Ah, qué hombre!

D. Benito.—¡Ji!

Los amenes.—¡Ja, ja, ja!

Santacilia.—No tuve pequeños trabajos con mi protegido; pero salió!

Mejía.—En pago te ha llamado gachupin; y ahora todos te conocen por gachupin.

D. Benito.—¡Ji!

Los aduladores.—¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!

Castillo Velasco.—El pobre ministro del ramo no influyó sino en el nombramiento de un ahijado, y ese iba á fracasar. . .

Mariscal.—Ninguno de nuestros electores queria que le pagase en coles ni en lechugas! sólo el Sr. Castillo! Tambien su candidato pronunció un famoso discurso: "Señores, yo no obsequiaré á ustedes con ningun banquete, porque no quiero digan los contrarios que he comprado mi diputacion; la debo al pueblo!"

D. Benito.—¡Ji!

Los susodichos.—¡Ja, ja, ja!

El Ministro de Hacienda.—Lo que es grave, señores, es lo que hablábamos sobre aquel diputadillo que salió favorecido por su cliente el capitalista; yo sé que los negocios que ha ganado se deben á que otro abogado los explicó ántes muy bien en los tribunales y aquí; pero el diputadillo ha hecho creer á su cliente que por su influencia; ese hombre nos compromete. . .

Alcaráz.—A que ya no gana ningun negocio, pues le conecemos!

D. Benito.—¡Ji!

Los de siempre.—¡Ja, ja, ja!

Arteaga.—Yo no volveré á trabajar en elecciones ministeriales porque es una diablura, un doble trabajo: primero para que los electores sean ministeriales, y segundo para que no elijan á los que ellos quieren, por muy ministeriales y aptos que sean, sino á nuestros favoritos! Esto último me parece injusto.

D. Benito.—¡Injusto! ¡Ji, ji, ji!

Todos, hasta Arteaga.—¡Injusto! ¡Ji, jaja, jaja, ji!

Balcárcel.—Y aquel. . .

D. Benito.—Vuelvo. . .

Rumor. ¡Vuelve ji, ji, ja, ja!

D. Benito.—Señor Juvenal! Señor Nigromante!

El Nigromante, sentándose.—¿Un cigarro?
 D. Benito.—Sí!
 El Nigromante.—Aquí tiene vd. al Señor Juvenal público...
 D. Benito.—Y juarista.
 El Nigromante.—

Pero señor, tengo miedo
 Que lo sea, como aquella
 A más no poder doncella
 De que nos habla Quevedo.

D. Benito.—¿Ji, ji!
 El Nigromante.—Entremos en materia. Yo soy porfirista; sin embargo, para facilitar la union del partido liberal y para evitar la guerra civil, estoy dispuesto á volverme juarista siendo mi padrino Juvenal, con una sola condicion. ...
 D. Benito.—¿Un ministerio!
 El Nigromante.—Consta á vd. que no me atrae mucho un ministerio. ...
 D. Benito.—¿Dos ministerios?
 El Nigromante.—Para no perder el tiempo, expondré, en pocas palabras mi proposicion. Desde ahora me incorporo entre aquellos señores, sin comprometerme á reir, como vd. me asegure que si triunfa, estará en la presidencia por lo ménos un año. ...
 D. Benito.—Perpétuamente. Vea vd. Ya sabe vd. cuánto dinero he gastado? Pues dueño del puesto por la reeleccion gastaré todo lo que hubiere en la Nacion para sostenerme, sea de quien fuere. ¿Ha contado cuántos amigos y enemigos han muerto? Pues para sostenerme, una vez reelecto, haré que todos se entrematen hasta que no quede ni uno. ... ¡sólo yo! así, ni temeré á nadie ni gastaré en nadie. Vea vd., vea vd. ¡cuántos preparativos! hombres de todas profesiones, periódicos, armas, dinero, trastornos, la dictadura, un cataclismo, todo para que yo sea reelecto; ¿qué será despues? Pierda vd. el miedo! ¡Un año! ¡Diez, veinte, la eternidad!

El Nigromante.—Me sorprenden tantos recursos en manos de vd.; admiro tantas inteligencias á su servicio; hay cierta grandeza dictatorial; no dudo. ... sino del año. Lerdo. ...
 D. Benito.—¿Lo mato!
 El Nigromante.—Porfirio. ...
 D. Benito.—¿Lo mato!
 El Nigromante.—Como Santacilia. ...
 D. Benito.—¿Lo mato!
 El Nigromante.—¿Todos, yo. ...
 D. Benito.—A todos, comenzando por vd., ¡los mato!
 Juvenal, aterrado.—¿Señor, yo. ...
 D. Benito.—¿A vd. tambien lo mato!
 Juvenal.—Digo que no tengo la culpa de que este Nigrom. ...
 El Nigromante.—Ya todos somos difuntos; permítame vd. ser aparecido. ... hé aquí lo que dice la sombra: “Una tumba está á tus piés. ...”
 D. Benito.—¿El puñal de aquel periódico! Voy á dar orden. ...
 El Nigromante.—Otro cigarrito; ¡no tiene veneno! Recuerde vd. que, amigos ó enemigos, siempre nos hemos hablado con franqueza; sigo pues mi conversacion. Mi dificultad pertenece á la medicina. ... no quisiera causar á vd. una impresion penosa. ... ¿Se apagó. ...? aquí hay un fósforo. ... pero somos hombres. ... ¡tanta grandeza! ¡tanto crimen! y. ... si vd. se muere dentro de un año, ¿para quién. ...?
 D. Benito.—¿Todos somos mortales!
 El Nigromante.—Pero vd. es más mortal que la mayor parte de los hombres; está vd. expuesto á que su inmortalidad comience dentro de un año. ...!
 D. Benito.—¿Un año! ¿qué diablos trae vd. con ese año?
 El Nigromante.—¿Señor! ¡Vd. está enfermo!
 D. Benito.—¿Señor! ¡Ya me alivié completamente!
 El Nigromante.—Deme vd. certificados satisfactorios, y soy suyo.
 D. Benito.—Entiéndase vd. con mis médicos.

El Nigromante.—Adios.

D. Benito.—Si se arregla vd. con ellos, no me vuelva á hablar de ese maldito año. . . . aunque me vea morir sin confesion. . . . Hágame vd. favor de esperar un poco. . . . amigos ó enemigos, no deje vd. de dar sus vueltas. . . . ¡yo soy el héroe de la guerra por la Constitucion, soy el héroe de la guerra por la Reforma, soy el héroe de la guerra por la segunda Independencia, y voy á ser el héroe de la guerra por la paz. . . ! En cuanto á vd. sabe que no le tengo antipatía. . .

El Nigromante.—Vd. sabe que siempre hablo con franqueza y obro conforme á mis convicciones. Adios, señor. Antes un cigarrito. . . . mis memorias á esos amigos. . . . que rien. . . . ¡Adios!

Juvenal, siguiendo al Nigromante.—¡Hombre! ¡Se olvidaba vd. de mí!

El Nigromante.—¡Como es vd. de la casa! Ya ha contemplado vd. un cuadro pequeño; pero verdadero. . . . Ahora traigame vd., cuando quiera y como quiera, á las habitaciones del Presidente!

Juvenal.—Vamos á ver á los médicos. . . . D. Benito me encargó que fuera con vd.

El Nigromante.—Vaya vd. solo, si gusta.

Juvenal.—¡Pues no prometió vd.?

El Nigromante.—¡Inútil! ¡Ese hombre se muere en un año!

Julio 27 de 1871.

CÓMO SE HACE AL PUEBLO SOBERANO?

Cómo se hacen los inerédulos?

“LA VOZ DE MÉXICO,” EL NIGROMANTE.

LA VOZ DE MÉXICO.—Adios Sr. Nigromante, adios; no me puedo detener, porque ya dejan la misa.

Nigromante.—Hace vd. bien de ir donde se divierte. . . . y donde el padrecito exige que le bata usted el chocolate.

La Voz de México.—No quiere usted, malicioso, ir á misa?
Nigromante.—Gracias! no acostumbro.

La Voz.—En la época feliz de usted, frecuentaba la misa. . . .

Nigromante.—Qué llama usted la época feliz?

La Voz.—La infancia.

El Nigromante.—La pasé con sarampion, viruelas, sustos, regaños, misa, escuela. . . . llévenme todos los diablos si deo volver á la edad de la inocencia.

La Voz.—Todos los diablos?

Nigromante.—La mitad de los diablos, si á usted le place. Yo comencé como usted acaba; pan, pan; vino, vino.

La Voz.—Seria usted tan malo desde niño?

Nigromante.—No era malo; era un niño que se divertia;

jugaba con todas las muchachas á las escondidillas; y en vez de escuchar explicaciones sobre cosas que nunca he entendido, me escapaba de la escuela para vagar por el campo, á la orilla de ese arroyo que los queretanos llaman el rio.

La Voz.—No olvida vd. sus malas mañas; con frecuencia descubro á usted solitario en este jardín de la plaza. ¿Qué preocupa á usted ahora?

Nigromante.—Lo que ha dicho Caton; que usted no me ha dejadó cara en que persignarme. Eso, despues de bien pensado no me importa.

La Voz.—Lo creo; como usted no hace la señal de la cruz para librarse de sus enemigos, mundo, demonio y carne!

Nigromante.—La verdad es, señora, que si usted no me ha dejado cara, poco pierdo; porque no es en ella donde siento las malas tentaciones.

La Voz.—No me explique usted sus padecimientos, porque me enterneceria. Ha estudiado usted aquellas cuestioncitas? ¿Cómo se hace soberano al pueblo? ¿Cómo se hacen los incrédulos?

Nigromante.—Hubiera contestado desde el otro dia, si el padre no hubiera estado en espera de usted para aquello del chocolate: ¿Cómo se hace soberano al pueblo? Siéntese usted. . . . no le faltará otra devota al padre. . . . qué garbosa es usted. . . . acérquese un poquito. . . . ¿Cómo se hace soberano al pueblo? Ya lo ve usted! D. Benito emplea todas las rentas de la nacion en comprar gobernadores, generales, periodistas, diputados, ayuntamientos, legislaturas y electores; y mata á todos sus enemigos, y de ese modo hace soberano al pueblo.

La Voz.—La realizacion de ese sistema no merece los afanes de usted y de todos sus partidarios.

Nigromante.—Ya se ve que no; por eso organizamos una oposicion intransigente.

La Voz.—Para venir á mi sistema favorito, depositar la soberanía en una sola persona.

Nigromante.—Yo no quiero soberanos; ni uno sólo, ni va-

rios, ni muchos, ni el pueblo, ni la. . . . Soberanía metafísica, teológica.

La Voz.—¿Qué utopia desvela á usted?

Nigromante.—Ninguna utopia, hechos. Es un hecho que en los Estados Unidos el individuo disfruta una amplia libertad para los negocios privados; es un hecho que en esa nacion el individuo arregla con amplia libertad sus negocios municipales, poniéndose de acuerdo con otros individuos; es un hecho que allá el individuo arregla á su placer los negocios de su Estado; es un hecho que el individuo tiene una influencia incontestable en los negocios generales; deseo, pues, el triunfo del individuo como en la patria de Washington. Nada de utopias!

La Voz.—Pero esa situacion es excepcional!

Nigromante.—Deseo para mi patria una situacion excepcional. En ese estado tambien se encuentra el Canadá y las colonias que la Inglaterra ha establecido en la quinta parte del mundo. Esos elementos políticos produjeron las admirables repúblicas de la antigüedad. El individuo es el soberano; el municipio es la nacion!

La Voz.—¿Por qué no deifica usted de una vez al individuo?

Nigromante.—No tengo inconveniente; *el individuo es un Dios*. Usted es una diosa vieja. . . todavía con atractivos. . . todavía puede usted tener un parto milagroso, si Caton se empeña.

La Voz.—Se encela usted?

Nigromante.—Admiro á los felices, como el padre.

La Voz.—Pero ni usted ni nosotros tenemos sangre anglosajona, ni griega. . .

Nigromante.—Ya vendrán los yankees á retocarnos. ¿Qué gusto me dará ver á vd. amamantando algunos güeritos!

La Voz.—Los llevaré á misa, angelitos. Porque eso sí, ántes ahogarlos que permitir se hagan incrédulos! Dios ántes que todo y sobre todo.

Nigromante.—¿Y para qué quiere usted á Dios, señora?

La Voz.—Toma! se acabaria el mundo si Dios se acabase!

Nigromante.—Como no depende de usted que existan ni Dios ni el mundo, se me antoja que usted pierde el tiempo, más que si me dijese, *se acabaria el sistema solar si el sol estallase*. No se meta usted en lo que no puede arreglar, ni entiende.

La Voz.—Pero á mí sí me hace mucha falta Dios. . . . y á todos.

Nigromante.—¿Para qué, señora? Figúrese usted que Dios se le presenta, montado sobre una nube, con un gorro de la libertad, por montera; barbon como Matías Romero, y con un surtidito de rayos en cada mano, á sus órdenes. ¿Manda usted á Dios con el Papa? Aquel vejete moribundo le dice: “sólo yo soy infalible.” Despues lo compromete con Victor Manuel y Bismark, y acaba por mandarlo de misionero á la China, donde pueden empalarlo. ¿Recomienda usted al tonante que se ponga á las órdenes de Márquez? Lloverán los rayos sobre México; y me temo que usted misma no se escape. Pone usted la omnipotencia en manos de D. Benito? Solo servirá para la reeleccion. ¿Se la reserva usted? No la empleará sino en chismes. . . .

La Voz.—Volveria á ser el clero muy rico!

Nigromante.—La raza de los adjudicatarios no se ha extinguido. . . . Se encontraria usted con tantas dificultades como el que se sacó en una rifa un elefante. Dejemos la region de los misterios y séamos de este mundo; usted lo ha dicho; pan, pan; vino, vino.

La Voz.—Pero la incredulidad es hija de la corrupcion.

Nigromante.—No, señora. La instruccion se ha difundido por todas las clases; la instruccion se funda en observar lo que llama Quevedo *la fuerza de naturaleza*.

La Voz.—¿Qué entiende usted por la naturaleza?

Nigromante.—Todas las cosas que obran sobre mis sentidos; *su fuerza* es la resultante de la organizacion de mis sentidos y de las leyes á que aparece sometida la accion de la materia.

La Voz.—¿Materialismo!

Nigromante.—Yo no sé; pero sí aseguro que las ciencias no se ocupan sino de esas leyes. Pues bien, hasta ahora, ni en las matemáticas, ni en la física, ni en la química, se puede señalar un sólo paso que se deba á las hipótesis teológicas.

La Voz.—¿No habla la historia?

Nigromante.—Para ustedes seria mejor que callase. No tienen ustedes, los cristianos, un solo dogma, un solo rito, una sola máxima de moral, ni una sola palabra sacramental, que no provenga de las religiones paganas. Si algunos dudan por interes, tambien otros creen por interes. Pero la incredulidad es hija de la ciencia.

La Voz.—Adios, poesía de mis primeros años; adios, genios celestes que os ocultabais entre las flores cuando yo era feliz, y que en mis desgracias derramabais sobre mi corazon el bálsamo del consuelo; adios, esperanzas de ultratumba, amores que sonreis cuando el amor mundano me desdeña, cuando el mismo padrecito le pide el chocolate á mi recamara.

Nigromante.—La vida es un consumo de ilusiones; yo tambien he visto disiparse entre una neblina de mi adolescencia las princesas encantadas que mis abuelos me prometian; yo tambien me he alimentado de versos amorosos, y ya me causan náuseas las “Voces del Alma” y esas vírgenes que los románticos persiguen al través de las estrellas, en lugar de buscarlas por los corrales y rincones de las casas, y esas diosas cuyo apoteosis depende de una modista; yo tambien admiré la poesía heroica, y ya no me seduce ni aquel verso sublime:

Y Juárez un gran hombre
Sin gran ostentacion.

Lo Voz.—Váyase usted, señor, váyase usted á ocuparse de aclimatar la *Internacional*.

El Nigromante.—Yo estoy contra el comunismo, por la misma causa que no admito el absolutismo político y religioso;

estoy por la independencia individual; estoy todavía más lejos que usted de ciertos socialistas. Puedo, por todo lo expuesto, hablar con absoluta imparcialidad sobre la Internacional. Un millón de personas en París han proclamado principios buenos y dudosos y algunos malos; han pretendido resolver la suerte de los trabajadores, cuestión secular, eterna. Se han agrupado contra esos desgraciados, los militares que todavía no se borraban de los faldones de su casaca la huella de los piés alemanes; los especuladores que han empobrecido la nación; los pedantes que la han vendido al extranjero; las razas de reyes; las razas divinas de los sacerdotes católicos; todo lo que hoy el género humano posee de más vil; y todos esos bandidos llamaron en su ayuda á los prusianos. Vió el pueblo parisiense desplomarse la derrota, y quiso sucumbir de modo que no olvidasen la lección los demás pueblos. Si la epopeya puede resucitar en el siglo XIX, no encontrará asunto más digno que esas jóvenes, que esos niños, que esos artistas, que esos sabios que incendian una ciudad inmensa para hacer su apoteosis.

La Voz.—Dios no estaba allí.

El Nigromante.—¿Pues dónde estaba? ¿Acaso oía misa?

La Voz.—¿Ese es el pueblo soberano?

El Nigromante.—Le veo á mayor altura que á sus vencedores.

La Voz.—¿Si hubieran aprendido el Catecismo!

El Nigromante.—Eso no es obstáculo para que usted vaya á quebrantar con el padre alguno de los Mandamientos. Adios, que por allá viene el susodicho echando chispas. Un abrazo, sólo por pegarle una cólera.

Agosto 1º de 1871.

TRABAJOS ELECTORALES

EL PRESIDENTE Y SUS MINISTROS.

DON Benito.—Podemos disponer de media hora para terminar el despacho de los negocios electorales: comience usted, señor Ministro de Gobernación.

Pepe Castillo.—*El Correo del Comercio*, alegando sus notorios servicios, pide se le autorice para abrir una agencia que se encargará de cobrar los sueldos de los diputados y cualquier otro pago que se les haga por el erario.

D. Benito.—Esa solicitud me parece irregular, incomprensible! Los diputados pueden cobrar personalmente ó por medio de su habilitado; si ellos quieren, pueden encomendar esa cobranza al *Correo*..... nuestra intervención es innecesaria!

Pepe Castillo.—No tanto como á primera vista aparece. El *Correo*, pretendiendo un título oficial, desea que el Gobierno se comprometa á pagar de preferencia los créditos en que intervenga ese agente; de este modo podrá el agraciado suplir algunas cantidades á los menesterosos, ganará un pequeño ochenta por ciento, y ejercerá alguna influencia en las votaciones del Congreso. Puede resultarnos contraria la co-